

Antonio Rivera

Españoleando

El Correo, 26 de julio de 2026.

A diferencia del nacionalismo catalán original, el decimonónico, no el actual, el vasco ha sido siempre antiespañolista. Para Sabino Arana, España representaba lo peor de una modernidad amenazante de la comunidad tradicional vasca. A eso se le añadió el racismo xenófobo, propio de quien consideraba a su pueblo superior al resto, a los que venían de fuera, los maquetos españoles. De manera que, con España, cuanto menos mejor: la separación si llegaba el caso o su invisibilización en cuanto fuera posible. Las dos subculturas nacionalistas vascas herederas de Sabino reproducen hoy ese mismo esquema: una es ontológicamente separatista y la otra apuesta por un País Vasco donde España no parezca presente ni sea nombrada.

La utilidad actual de España para esos nacionalismos sigue radicando en la comparativa ventajosa. Por mal que estemos, siempre estaremos mejor que los otros españoles; de hecho, en el XIX nos ufanábamos de ser los primeros españoles, los genuinos. Ya no lo hacemos porque España sigue siendo el mal, lo peor. Savater lo expresó muy bien: «No es que odien España; es que a todo lo que odian le llaman España». Si no existiera habría que inventarla porque el país se desangraría internamente sin un referente adverso enfrente.

Así hemos sido educadas las generaciones de la Transición para aquí, esas que tenemos que decir Estado español y no España en todos los casos. Pero ahora hay una nueva que se ha deshecho de esa mochila y que, sin haberse pasado al españolismo, combina sin problema pertenencias, lealtades e identidades blandas y banales. Y dice España y apoya a España, sobre todo cuando gana y prospera. No es hoy más españolista que vasquista, pero no tiene empacho en ser lo primero por un rato si conviene. Luego, puede seguir sosteniendo con sus diversas elecciones (voto, idioma, identificaciones...) la sociedad vasca nacionalista que habitamos. ¡Qué tendrá que ver! A la vez está ese quince por ciento de inmigrantes, que también españolean a conveniencia. Por mucha ingeniería social que se haga –que con ellos no es mucha: directamente los están tirando al arroyo–, tienen más posibilidades de ser españolistas que lo contrario, o incluso que vasquistas.

De manera que, sumada la falta de fervor patrio de los nuevos jóvenes a la inclinación identitaria natural de los nuevos vascos, tenemos un problema en batzokis y herrikos: nos españolizamos. Lo hemos visto estos días con la selección. En respuesta, los nacionalistas vascos han reiterado sus pulsiones tradicionales. Los unos han vuelto a la contramanifestación y a la persecución violentas; los otros, a la denominación extravagante y al vacío, a hacer como si no existiera lo que está ahí delante. Ambas fórmulas expresan su incapacidad para hacerse cargo de la Nueva Euskal Herria que forman estos nuevos vascos. Para otras amenazas ya han descubierto la solución: dejarse de zanahorias y atizar con la norma, con la obligación o el apartamiento; hacer como si esos nuevos vascos no existieran y reservar la propiedad del país para

los que siguen diciendo Estado español. Lo que vaya a durar esa fórmula lo dirá el futuro inmediato, posiblemente en forma de crisis sociales todavía inimaginadas, pero evidentes por lo que vemos.

Miles de personas se concentraron en la pantalla gigante de Barakaldo para disfrutar de la final. (E.C.)

